

### LAS CLAVES DEL CONFLICTO EN TAIWÁN

La visita de la presidenta de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos a la isla de Taiwán, se produjo en un escenario global de guerra entre Rusia y Ucrania que hizo que muchos analistas especularan acerca de los precedentes que dicho conflicto armado puede establecer respecto de la decisión china de “recuperar” a algún plazo la isla rebelde en la que los adherentes de Chiang Kai-Shek y su derrotado Kuomintang se refugiaron en 1949. El status quo que rodea a la isla, que China reclama como propia y cuya próspera democracia cuenta con el apoyo de Estados Unidos, está bajo amenaza ante el creciente poderío político y militar chino y el evidente incremento de su influencia regional y mundial en todos los ámbitos.

Desde la perspectiva norteamericana, Nancy Pelosi estaba en todo su derecho para viajar, pero su viaje fue provocador y se sabía que causaría una fuerte reacción del Partido Comunista Chino y particularmente de Xi Jinping. Una visita de este nivel en la isla no ocurría desde 1997, las advertencias sobre la reacción eran múltiples y tal como se anunció, al término de ésta se iniciaron maniobras militares chinas alrededor de Taiwán y cruzando la línea roja que se había respetado como línea media entre China Popular y Taiwán.



Mapa de Taiwán

Taiwán ha cambiado de situación en repetidas ocasiones. Fue anexada a China en el siglo XVII cuando en 1662, Koxinga, un leal de la dinastía Ming que había perdido el control de China continental en 1644, derrotó a los holandeses y estableció una base de operaciones en la isla. Sus fuerzas fueron derrotadas por la dinastía Qing en 1683, y partes de Taiwán se integraron cada vez más en el imperio Qing. Luego de la Primera Guerra Sino-Japonesa en 1895, la dinastía Qing cedió la isla, junto con Penghu, al Imperio de Japón. Sin embargo, posterior a la derrota de Japón en la Segunda Guerra Mundial, la isla fue devuelta al gobierno nacionalista de la República de China (ROC), encabezado por el Kuomintang, que tomó el control y luego la utilizó como refugio en su obligado éxodo tras la derrota. Las reformas democráticas de la década de 1980, llevaron a la primera elección presidencial directa en Taiwán, en 1996. Las elecciones presidenciales de 2000 marcaron el fin del gobierno del Kuomintang (KMT). Chen Shui-bian, ganó una contienda tripartita contra el independiente James Soong (anteriormente del Kuomintang) y el candidato del Kuomintang, Lien Chan. En 2004, el presidente Chen fue reelegido para un segundo mandato de cuatro años y en 2007, propuso una política que básicamente establecía que: *Taiwán quiere la independencia, Taiwán desea la modificación de su nombre,*

*Taiwán quiere una nueva constitución y Taiwán quiere desarrollo.* En esa concepción, la política taiwanesa prescindió del clivaje entre la izquierda o la derecha, haciendo énfasis en la discusión entre unificación o independencia. Desde luego, esta opción nunca fue del agrado de las autoridades chinas continentales e inicialmente tampoco obtuvo un apoyo decidido desde los Estados Unidos.

En los últimos 50 años, Taiwán ha evolucionado desde una dictadura militar a una próspera democracia liberal de 24 millones de personas, con un ingreso per cápita muy superior al de la República Popular China. Su éxito es un reproche implícito al régimen comunista de China y una razón obvia para que se resistan a ser gobernados desde Beijing. La presidenta de Taiwán, Tsai Ing-wen, no ha impulsado alguna iniciativa clara hacia la independencia, pero la isla paulatinamente se aleja del continente en la medida que internaliza diferencias y autosuficiencia. La premisa China de “un país, dos sistemas” ha perdido credibilidad internacional desde que China continental aplastó las libertades civiles en Hong Kong, pero hoy son pocos los taiwaneses que manifiestan querer la independencia inmediata, ante el temor a una invasión y también por el hecho que todos tienen lazos familiares directos con sus parientes que quedaron en China continental. Contradictoriamente, aún menos están a favor de una unificación completa.

Estados Unidos, después de intervenir dos veces para proteger a Taiwán en la década de 1950, vaciló sobre la conveniencia de defenderla, pero el éxito democrático de la isla y su importancia como fabricante de semiconductores han subido la apuesta. Hoy, aliados como Japón ven el apoyo decidido a Taiwán como una prueba de la posición de Estados Unidos como potencia dominante y confiable en el Pacífico occidental y Estados Unidos tiene en Taiwán una posición estratégica insustituible para contrarrestar la influencia china en una zona vital para las comunicaciones marítimas y consecuentemente para el comercio mundial. Estados Unidos no se ha comprometido formalmente a defender a Taiwán en forma directa, adoptando en cambio una política de “ambigüedad estratégica”, pero en medio de la creciente rivalidad chino-estadounidense, y con los políticos en Washington compitiendo para aparecer firmes con China, lo más probable es que Estados Unidos no permanecería indiferente ni inactivo en la lucha por Taiwán. El presidente Joe Biden lo ha dicho repetidamente, aunque en cada ocasión fuentes de la Casa Blanca han atenuado sus comentarios y los acontecimientos en Ucrania siembran la duda respecto de un apoyo total. El pragmatismo político haría que todos (como hoy en Ucrania) adoptaran una actitud de apoyo “en la medida de lo posible”.

Junto con el proceso evolutivo económico, industrial, tecnológico, político y social chino, se advierte un cierto resurgimiento del sentimiento de orgullo nacional, caracterizado por un relato que destaca que China ha sido históricamente humillada por las potencias extranjeras. Es conocida en China la expresión “Siglo de la humillación” que como indica Zhao Ma, de la Universidad Washington en San Luis en un reportaje de la BBC, se inicia en 1939 con la primera Guerra del Opio (que entre otras consecuencias significó entregar Hong Kong a los británicos) y continúa en 1856 con la segunda Guerra del Opio, en la cual las tropas anglo francesas destruyeron y saquearon el Palacio de Verano en Beijing y que significó importantes pérdidas de territorio. La guerra contra Japón, fue una dura derrota y un gran golpe al sentimiento nacional chino frente a la pérdida de

territorios y la instalación de zonas de influencia europea con privilegios de facto. La rebelión popular denominada "Guerra de los Boxers", fue aplastada por las potencias europeas. La segunda guerra con Japón en 1937 y las consecuencias de la derrota en la población china, constituyeron el hito final del ya mencionado Siglo de la Humillación. En este contexto histórico, se entiende que el relato dirigido a la propia población en conjunto con el gigantesco desarrollo experimentado por China busca generar una convicción popular respecto de la recuperación de la dignidad de su pueblo, que potencia el apoyo al régimen del Partido Comunista Chino.

China ha vinculado la unificación con Taiwán a su objetivo declarado de "rejuvenecimiento nacional" para mediados de este siglo. Las fuerzas armadas de China han desarrollado la capacidad para actuar militarmente en grandes escenarios, extender su zona de influencia y paralelamente ser capaces de tomar la isla por la fuerza en algún momento, como ha sido declarado en los últimos días por voceros chinos al comentar los ejercicios militares efectuados alrededor de Taiwán. La PLAN (People's Liberation Army Navy) ahora tiene más buques que la Armada de los Estados Unidos y el desarrollo de sus portaaviones demuestra una voluntad de tener presencia militar global en un futuro cercano. Algunos expertos creen que podría ocurrir una invasión en la próxima década, aunque no se visualiza aún la capacidad de ejecutar una operación anfibia de esa magnitud en un escenario tan disputado como sería el de Taiwán.



Foto: Ejercicios chinos frente a Taiwán. Fuente: Infobae

Las acciones de China durante la crisis han sido enérgicas pero controladas, diseñadas para mostrar su enojo y su poder, pero evitan una escalada. Sus fuerzas no se han desplegado para iniciar una ofensiva real y Estados Unidos ha enviado señales similares, incluso posponiendo un lanzamiento de prueba de rutina de un misil balístico intercontinental.

El peligro, radica en que China utilice la crisis para establecer nuevos límites para sus incursiones en lo que Taiwán considera su espacio aéreo y sus aguas territoriales. La línea media entre ambas costas, otrora respetada por ambas partes, queda cada vez más entredicho luego de que China la traspasara durante los ejercicios y ello no fuera impedido. También se aprecia el establecimiento de sanciones comerciales (recordemos que el 40% del comercio exterior taiwanés es hacia China) y podría intentar imponer límites aún más estrictos a los tratos de la isla con el resto del mundo.

La tarea de Estados Unidos y sus aliados, consiste en resistir estos

esfuerzos sin perder el control de la maniobra de crisis. Estados Unidos, en el corto plazo, podría comenzar por restablecer las normas que se tenía antes de la crisis, reanudar rápidamente las actividades militares alrededor de Taiwán, incluyendo los tránsitos a través del Estrecho de Taiwán y las operaciones en aguas internacionales que China reclama como propias como Mar del Sur de China. Podría continuar expandiendo los ejercicios militares con aliados, involucrándolos más en la planificación de contingencia sobre Taiwán. Japón no es neutral en este conflicto, ha modificado su actitud estratégica y consecuentemente su equipamiento militar y ya ha manifestado su inquietud y molestia por el sobrevuelo de misiles chinos sobre aguas territoriales japonesas.



Imagen del futuro tercer portaaviones chino. Fuente: israelnoticias.com

El objetivo occidental, es disuadir a China de la invasión. Taiwán necesita una estrategia basada en armas pequeñas y móviles como las que Ucrania ha empleado exitosamente y debería convertirse en un objetivo con grandes complejidades tácticas para China. Al igual que Ucrania, Taiwán ha mostrado su disposición a defenderse. ¿Depende la paz, de China o de los Estados Unidos? La visita de Pelosi no era indispensable e inicialmente asesores del Departamento de Estado no la recomendaban, porque sabían lo que iba a ocurrir, pero se realizó de todas formas. En algunas ocasiones un enfrentamiento público con China tiene sentido, pero más a menudo causa muchos problemas a cambio de muy poca ganancia. El G-7 condenó el lanzamiento de misiles de China, al igual que Japón y Australia, pero Corea del Sur no lo hizo y los países del Sudeste Asiático se han mostrado reacios a tomar partido. Aunque condena la agresión de China, el gobierno norteamericano no apoya la independencia formal de Taiwán, pero promueve la mantención del *status quo* porque lo necesita para mantener la influencia que hoy posee en esa zona.

La guerra en Taiwán todavía es evitable. Si la invasión de Ucrania enseña una lección, es que incluso una victoria supuestamente fácil puede convertirse en una lucha interminable, con consecuencias ruinosas en casa. Estados Unidos y Taiwán no tienen que probar que una invasión china fracasaría, solo requieren generar suficientes dudas para persuadir a China, de que no es conveniente tal aventura.

MLL